

Fin de una etapa de Medicina Cutánea

Medicina Cutánea: The end of a period

(Breve relato de la historia de la cabecera de Medicina Cutánea IberoLatinoAmericana)

Debo comenzar recordando el proverbio que dice que con el transcurso de los años la memoria es lo que persiste en la mente después de haberlo olvidado todo. Con esta frase quiero señalar que, si bien la historia que relato en estas líneas se centra en una serie de datos referentes a los orígenes y circunstancias de Medicina Cutánea IberoLatinoAmericana (en adelante MCILA), hay detalles que ahora persisten menos precisos en mis recuerdos.

Ante todo hay que señalar que MCILA resultó de la fusión en 1973 de dos revistas anteriores: "Dermatología IberoLatino-Americana" perteneciente al CILAD que se publicaba desde 1959[1] y "Medicina Cutánea" fundada en 1966 por el Prof. Gay Prieto, sin relación con el CILAD, impresa en Barcelona por "Editorial Científico Médica", que editaba los tratados de Dermatología de aquel y cuya cabecera era propiedad de dicha editorial, no recuerdo si a nombre de la empresa o de su director el Dr. Enrique Sierra.

En la década de los 80, durante la presidencia del Prof. Jorge Abulafia, se consideró necesario que fuera directa o indirectamente el CILAD y no la editorial que la distribuía quien tuviese la titularidad de la revista. Sin embargo existían problemas, no recuerdo si de orden legal o administrativo, que impedían que los derechos fuesen transferidos desde España al extranjero ya que, como sociedad, el CILAD radicaba en Lisboa porque allí vivía el que fue durante mucho tiempo Secretario vitalicio del mismo Dr. Francisco Da Cruz Sobral, quien dedicó incansablemente sus esfuerzos al mismo. Estudiadas las posibilidades resultaba que lo más sencillo era que fuera adquirida en el mismo país donde estaba registrada, es decir en España. Y al ser yo Director de la misma desde 1977 el Prof. Jorge Abulafia, a la sazón Presidente del CILAD, me pidió que para conseguir que no perteneciese a una entidad externa la pusiera a mi nombre. Estipulamos para ello unas condiciones que fueron transcritas en un documento privado del que se hicieron dos copias, una quedó en poder del Prof. Abulafia y la otra en el mío. Sin duda ambas se encuentran desaparecidas; la del Dr. Abulafia no sé dónde, a menos de que se halle en los archivos de Buenos Aires, la mía destruida sin duda con todo el vasto archivo de mis 25 años en la cátedra de Barcelona, del que no conservé ningún documento al tener que deshacerme de todo cuando me jubilé de la Universidad en 2002. El documento al que me refiero, redactado por mí, corregido por Abulafia y aprobado por ambos, venía a decir que adquiría la propiedad de la cabecera MCILA en nombre del CILAD ante la imposibilidad de hacerlo éste organismo y que me comprometía, tanto yo como mis posibles futuros herederos, a cederlo sin coste al CILAD o a la entidad que el Colegio indicara el día que ello fuera conveniente o necesario. Debo añadir que la compra o cesión de la cabecera a mi nombre se hizo a coste cero.

Así siguió todo durante varios años con el hipotético pero posible problema de que un día surgiese una inspección que indagase en España por qué ostentaba yo la propiedad de tal revista, aunque el escrito conjunto del Dr. Abulafia y mío indicaba explícitamente que todo lo que se relacionaba con la revista incumbía únicamente al CILAD y no a mí personalmente.

Conviene recordar que la revista se financiaba entonces exclusivamente con las cuotas de los miembros españoles del CILAD y con los ingresos de los anuncios contratados en España (merece la pena señalar que, por problemas de reglamentación del país, durante muchos años no se podía hacer constar en éstos más que el nombre de los medicamentos y productos tal como estaban registrados en España; más tarde pudo incluirse también el que lo estaba en otro país – como ejemplo, inventado y no real, se podría poner algo así: "CorticoDerm, en México CortiDermic"). La contabilidad la llevaba la secretaria del servicio, Sra. Carmen Marcos, que se ocupaba también de archivar los manuscritos y de la correspondencia relativa a la revista. Teníamos también un gestor y se hacían auditorías que se remitían anualmente a la presidencia del CILAD, ya que yo no he sido nunca un buen contable y aunque lo revisaba todo, no tenía ningún cometido en ello. Mi función era llevar la Dirección, conseguir anuncios, escribir a los autores, corregir las pruebas con la ayuda de varios de los miembros del Servicio de Dermatología del Hospital Clínico de Barcelona (al igual que se hizo en tiempos del profesor Piñol) y un largo etcétera. A veces de forma discontinua, con ocasión de un Congreso del CILAD el Secretario General, a instancias del Presidente, aportó una cantidad relativamente moderada para contribuir a los gastos cuando por algún motivo superaban los habituales. Un año, por problemas acuciantes y con autorización de la Directiva, hubo que condensar dos números de la revista en uno pero, afortunadamente, se consiguió siempre salir adelante.

Así transcurrió el tiempo hasta que, habiéndose creado una sociedad para gestionar las Reuniones Científicas que organizaba la Cátedra de Dermatología de Barcelona, el gestor aconsejó que, para evitar los problemas personales a los que antes he aludido, la cabecera de MCILA pasara a dicha Sociedad. Ello se llevó a cabo, evidentemente, con la autorización de la presidencia del CILAD.

Alejado de todo lo que se refiere a la Revista durante mucho tiempo (veintiocho años entre Secretaria de Redacción y Dirección – de "Medicina Cutánea" primero y "Medicina Cutánea IberoLatinoAmericana" después), me desconecté de toda su problemática y de la del Colegio para pasar a ser sólo un miembro de base y, para ciertas cosas, testimonio del pasado.

Me desperté del “olvido” de lo que aquí refiero (más bien debería decir que quedó en un rincón de mi mente) cuando llegó a mis oídos que, desaparecidos los demás actores de lo que hasta aquí estoy relatando, se formulaban preguntas y conjeturas sobre a quién pertenecía la cabecera de la revista y quienes tenían derecho sobre ella. Es evidente que, aunque quizás no persista ya más testimonio escrito que el artículo que escribí sobre ello en 2003[2], la revista pertenecía al CILAD y lo que acordé y firmé con Abulafia tenía el mismo valor, con o sin aquel documento, ya que mi actuación y la de la sociedad que lo detentó a continuación, fue únicamente a título de depositarios fiduciarios de la misma.

Y esto fue lo que en líneas generales expuse al Presidente del CILAD Prof. Jorge Ocampo Candiani para que lo transmitiera a la Junta Directiva, así como al Director de la revista Prof. Juan Ferrando y a relevantes personalidades de la historia del CILAD como los Profesores Ana Kaminsky, Francisco Camacho y Julian Conejo-Mir. Y de esta manera unos y otros encontraron forma de que, sin transacción económica alguna, la cabecera de Medicina Cutánea IberoLatinoAmericana, debido a los problemas de financiación de la revista consecutivos a la presente crisis mundial, a solicitud de la actual Directiva pasara a propiedad del CILAD.

Sirva pues esta Editorial para relatar, como “memory cell”, la historia de una larga etapa de la cabecera de la Revista y el comienzo de una nueva.

Quiero aprovechar la ocasión para que quienes lean este corto relato no olviden el ingente trabajo y los esfuerzos de quienes sucesivamente llevaron Medicina Cutánea IberoLatinoAmericana desde sus inicios hasta la actualidad, siguiendo el ejemplo y el explícito encargo de nuestro Maestro el Profesor Joaquín Piñol Aguadé que es a quien realmente hay que agradecer su empuje inicial y continuo así como su intensa dedicación. Después de Piñol (Medicina Cutánea 1966-1972 y Medicina Cutánea IberoLatinoAmericana 1972-1977) la dirección la asumí yo mismo (1977-1995), luego Mario Lecha (1996-2002) y después y hasta el presente Juan Ferrando (2003-2014). Todos pusimos ilusión y muchísimas horas de trabajo. Pero también hay que agradecer a todos los dermatólogos que contribuyeron durante décadas proporcionando los trabajos originales que la hicieron posible, prefiriendo que aparecieran en nuestra revista antes que en otras, a veces de mayor factor de impacto. Cabe señalar también que durante años fueron los autores españoles quienes, tal vez por proximidad, facilitaron la mayor parte de los manuscritos. Sin la ilusión de los autores y el interés de los lectores no hubiese sido posible llegar hasta aquí.

Mi anhelo en esta segunda y definitiva despedida de nuestra querida coloquialmente “Medicina Cutánea” es que el recuerdo del pasado y del presente sirva para que el Colegio Ibero Latino Americano de Dermatología siga su firme trayectoria hacia adelante como soñaron aquellos que nos precedieron. Y para que los actuales y futuros responsables de una y otro no cejen en este honroso y responsable empeño.

José María Mascaró

Catedrático Emérito de Dermatología.

Facultad de Medicina. Universidad de Barcelona. España.

Bibliografía

1. Gatti CF, Chinchilla DA. Historia ilustrada del CILAD. Libro de Oro. *Med Cutan Iber Lat Am* 2005; 33 (Suppl. 1): S11-S39.
2. Mascaró JM. Medicina Cutánea: Recuerdos de ayer, realidades de hoy. *Med Cutan Iber Lat Am* 2003; 31: 219-20; y 2005; 33 (Suppl. 1): S47-S54.